



EL GENIO

El talento no es patrimonio de ninguna clase, y léjos de caminar á la par de la riqueza, su celeste aureola ilumina con frecuencia frentes azotadas, encanecidas en la lucha de la inteligencia contra el idiotismo.

Genios hay que tienen *ab-initio* conciencia de lo que son y de lo que valen, y luchan sin descanso hasta ocupar el lugar que les corresponde en la sociedad, que los rechaza sin comprenderlos.

Otros, por el contrario, almas buenas, sencillas é ignorantes de su propio mérito, pasan desapercibidos, hasta que los lazos de la inteligencia hallan la perla escondida en su grosera concha, y la sacan á luz, haciéndola con frecuencia pasar desde el solitario fondo de los mares á la deslumbrante diadema de los reyes.

Voy, pues, á presentar un ejemplo de esos genios ocultos entre las tinie-

blas del olvido, y que deben su esplendor á una circunstancia de las más triviales de la vida.

Hace muy pocos años que los madrugadores encontraban todas las mañanas en la carrera de San Jerónimo á un pobre y desarrapado granuja, como de doce á trece años, que llevando en su mano derecha un hornillo-cafetera, y en la otra una cestilla de mimbre llena de vasos de vidrio verdoso, y no muy limpios, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Café!... ¡Café!

Y cada vez que un soldado, un aguador ó algún muchachuelo de los que se paran desde el amanecer en las esquinas de las Cuatro Calles le detenía en su camino y le alargaba cuatro maravises en cambio de una taza de aquella refrigerante mercancía, el rostro del granuja brillaba con una vivísima expresión de contento, y sus en-

cendidos labios se entreabrian con una sonrisa de felicidad que no se avenia muy bien con sus piés descalzos y callosos, ni con los miserables harapos que dejaban casi desnuda su morena espalda, caldeada ya por el sol y curtida por la intemperie.

El vendedor de café vendia y gritaba á más y mejor, hasta que los comerciantes de la Carrera abrian sus comercios; pero desde aquella hora, todas sus facultades se reconcentraban en uno de los escaparates de un magnífico almacén, que parecia tener el poder de magnetizarle hasta el punto de olvidarse casi por completo de lo que constituia en este mundo su humilde modo de ser.

Los diamantes, las pedrerías, las deslumbradoras maravillas de la bisutería, todo pasaba desapercibido á sus ojos, que permanecian fijos hora tras hora en los cristales de aquel escaparate que ostentaba figuras de mármol ó de bronce, brillando entónces en sus pupilas un rayo incandescente, puro, celeste, como los que iluminan las flamígeras alas de los querubés que circundan el trono de Dios.

Y todas las mañanas el vendedor de café venia infaliblemente á fijarse ante las esculturas, devorando con sus miradas una hermosísima estatua de Guttenberg, cuya vista parecia sumirle en una especie de dulce catalepsia.

A las mismas horas que nuestro héroe paseaba la Carrera de San Jerónimo, cruzábala también diariamente un caballero como de cuarenta años, que habia contraído la costumbre de recorrer diez ó doce veces en un paseo matinal el espacio que media entre la Puerta del Sol y el salón del Prado.

Aquel hombre, cuyas facciones ex-

presaban un carácter dulce y caritativo, reparó un día y otro en la atención con que el vendedor ambulante contemplaba las esculturas, y punzado por una curiosidad irresistible, se decidió á inquirir la causa de aquella especie de cita.

—Amigo mio, le dijo familiarmente, apoyando una mano sobre la espalda; mucho deben agradarte esas esculturas... ¿Vas á comprar alguna?

—No... señor... no puedo comprarlas, pero las admiro.

—Y de todas esas figuras, ¿cuál es la que te gusta más?

—Esa pequeña, respondió el niño sin vacilar, señalando la del inventor de la imprenta.

—¡Hola! exclamó sorprendido el curioso; no me parece que tienes mal gusto, porque es precisamente de puro mármol... ¿Lo sabias ya?

—¿Yo? no, señor... ¡Pero son tan suaves esos pliegues! Y esa boca que parece que quiere hablarme... ¡Lástima que los brazos sean un poco largos!

El desconocido fijó entónces en el muchacho una mirada profunda, como si quisiese con ella penetrar al través de aquellos harapos que ocultaban á sus ojos un tesoro.

Acababa de comprender que tenia delante un artista.

—Amigo mio, le dijo, alargándole una tarjeta; si quieres ganar dinero, vente mañana á mi casa y te daré que hacer para seis meses... No olvides que te aguardo á las ocho.

Al día siguiente, mucho ántes de la hora prefijada, dirigióse el jóven vendedor á la casa que indicaba la tarjeta, casa espléndida y situada en uno de los puntos más céntricos de la córte.

Después de haber confrontado más

de veinte veces la tarjeta con el número de la casa, aventuróse á tirar del cordon de la campanilla, recibíendole un criado con la mayor urbanidad, y llevándole á traves de un vestíbulo guarnecido de macetas y de suaves alfombras, hasta la habitacion donde le esperaba su generoso protector.

El gabinete estaba rodeado de magníficas estatuas de los mejores maestros, y su dueño, que no era otro que el que habia dado la cita al granujilla, se hallaba tranquilamente reclinado en una cómoda butaca de terciopelo azul, mirando á cada minuto al péndulo de bronce que tenia enfrente.

—Bien, muy bien, exclamó, señalando al aturdido jóven una magnífica butaca; siéntate, hijo mio, y escúchame con atencion, porque de lo que voy á decirte depende tu fortuna.

El muchacho se sentó á medias en la butaca por miedo de mancharla, y abrió desmesuradamente los ojos, como para oír mejor.

—Soy escultor, añadió el caballero, sin separar la vista del pobre mercader ambulante: el mundo ha colocado en mis sienes una corona de oro, y me ha dado lo que niega casi siempre á tantos otros, la fortuna.

Ahora que mi vida será ya muy corta, quiero legar á uno de esos genios privilegiados que brotan de vez en cuando en nuestro globo los conocimientos adquiridos con el estudio y la vigilia.

He seguido tus pasos, he gozado viendo tu entusiasmo artístico, y estoy seguro de hacer de tí un grande hombre. ¿Quieres ser escultor, hijo mio? ¿Quieres hacer figuritas como esa que tiene los brazos largos?

—¡Oh! sí, señor, pero ¿quién se to-

mará el trabajo de enseñar á un pobre muchacho como yo?

—¿Y si hubiese alguno que se ofreciese á enseñarte, aceptarías?

—¡Ya lo creo! ¡escultor! ¡escultor! ¿qué rey de la tierra podria entónces igualarse conmigo? Pero... añadió ruborizándose y bajando los ojos; mi oficio de vendedor ambulante, despues de dos años me da ya bien ó mal para vivir, y mi pobre madre no podria sostenerse miétras ya aprendiese á tallar las figuritas... no, no, señor... no puedo dedicarme á esa profesion... ¡es preciso que siga vendiendo café!

Y dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas... eran acaso las primeras que habia derramado en su vida.

—No, hijo mio, repitió enternecido el opulento artista; el arte te reclama, y bendigo al cielo que me ha puesto en posicion de sacarte de la oscuridad; yo me encargo de sosteneros á los dos miétras dure tu corto aprendizaje, porque te aplicarás mucho, ¿no es verdad?

—¡Ah, señor! exclamó el niño con un entusiasmo que no podia esperarse de sus pocos años; jamas hombre alguno ha trabajado en el mundo con la fe con que yo me consagro al arte divino que habeis llamado escultura... ¡Yo trabajaré, yo seré grande! ¡grande y rico! porque trabajando con fe se llega á la riqueza... ¡Gracias, señor, gracias! ¡Yo arrancaré al mundo el oro para mi madre, la gloria para mí!

.....
Cuatro años despues, el vendedor ambulante que habia conquistado con su cincel un nombre esclarecido, se instalaba en una lindísima casa de la Carrera de San Jerónimo, la misma donde por vez primera habia contem-

plado con tanto afán la estatua de Guttenberg. Su traje era elegante, sin afectación, sus modales finos, y en su frente, curtida en otro tiempo por el sol, brillaba el esplendente rayo de la gloria, realzado por la celeste aureola de que Dios circunda siempre las de los buenos hijos.

En un gran sillón de brazos veíase

cómodamente recostada á una pobre anciana, que se acercaba al ocaso de su vida con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón.

El vendedor ambulante había visto realizadas todas sus esperanzas, había arrancado á la entusiasmada sociedad: «el oro para su madre, la gloria para él.»

ROBUSTIANA ARMIÑO.

LA NIÑA DE BINAGA

EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL

Era una hermosa tarde del mes de Mayo del año de 1834.

El sol, que iba á hundirse en el fresco seno del mar Cantábrico, despedía ya sus últimos rayos y teñía en rojiza luz las pintorescas y altas montañas de las Provincias Vascongadas, que, al mirarlas, vuelta la espalda á Occidente, parecían desvanecerse á virtud de la leve gasa que entre ellas y el espectador interponía una flotante neblina, harto comun en aquel hermoso y húmedo país.

Las espesas y verdes arboledas, los bullentes arroyuelos, las graciosas caserías por todas partes desparramadas, y todo cuanto adornaba aquellos agradables sitios, hubiérase dicho que contribuía á darles majestad, paz y tranquilidad.

Y no obstante esto, hacia algun tiempo que se notaba en aquella honrada tierra un movimiento extraño y

precursor de grandes desgracias; y los habitantes de aquellos modestos albergues abandonaban á sus familias, y las pobres madres se separaban de sus hijos, bañándolos en cariñosas y tristes lágrimas, y en donde crecía ántes el lozano y limpio maíz principiaban á enseñorearse las perjudiciales yerbas: porque, sabido es que no hay más cruel enemigo de todo lo bueno que el azote de la humanidad llamado *guerra*, y la guerra había germinado y se extendía rápidamente en las Provincias Vascaas.

Aquellos valientes arrojaban lejos de sí las agudas layas y el arado para empuñar un fusil, y abrazando una bandera, volaban á defenderla en la lucha fratricida que se había empeñado.

Y mientras los ancianos, ya conocedores de los males á que tan ocasionadas son las guerras, tomaban todo li-



TRAVER

naje de precauciones para salvar su corto caudal, apenas sentian aproximarse á sus viviendas alguno de los terribles lances que tan frecuentes fueron en aquella contienda gigantesca, los jóvenes, faltos de experiencia, ardian en deseos de participar de los peligros, ó sonreian creyendo que solamente se trataba de un espectáculo nuevo y agradable.

Hé ahí por qué cuando el sol declinaba en la tarde del 28 de Mayo de 1834, en tanto que los ya escarmentados se apresuraban á recoger en sus caserías sus cabras ó sus ovejas, estaba la gallarda Marina sentada en uno de los palos de cierto valladar, colocado á corta distancia de su casa, tranquila y alegre, á pesar de que llegaba á sus oidos confusamente el estruendo de un reñido combate en que jugaba la mortífera fusilería.

Aquella preciosa niña, de catorce años, habíase criado en medio de la feliz confianza del campo, y no podia formarse una idea, siquiera fuese inexacta, de los horrores de la devastadora guerra.

Así es que cuando percibió el ruido ocasionado por la carrera de un perrito, para ella bien conocido, que se llegó á su lado casi jadeante y con la lengua fuera, púsose la mano á la altura de las cejas y la extendió para que, sirviéndole á modo de visera, le ayudase á distinguir mirando en direccion á aquella parte en que el sol se iba á ocultar despidiendo sus oblicuos rayos.

Y miró efectivamente con la sonrisa de la dicha en los labios, y creyó descubrir que por una tortuosa senda subia un hombre que conducia sobre sus hombros una pesada carga.

Le pareció tan natural este suceso, que no experimentó inquietud alguna. Mas fué, sin embargo, apoderándose de su alma una singular curiosidad á medida que aquel hombre se acercaba; y cuando ya pudo ver bien lo que sobre sus hombros llevaba, toda su sangre afluyó á su cabeza y no pudo ménos de exhalar un grito de sorpresa, espanto y dolor.

El que iba cargado era el hermano de Marina, y lo que llevaba sobre sus espaldas el cuerpo de un hombre joven y lívido como un cadáver.

—¡Pedro!... ¡Pedro! ¿qué es eso?... exclamó con voz balbuciente y encaminándose apresurada hácia ellos.

Mas su hermano la interrumpió con breve acento.

—Á casa, á casa, Marina, le dijo: salvemos la vida á este desgraciado...

Y la hermosa niña, que ya temblaba como la hoja en el árbol, no necesitó más espuela para correr á la casería y disponerse á preparar una cama para el que le habia parecido á primera vista un difunto.

Pedro llegó un momento despues, y ambos se entregaron con fervor á la practica de aquella obra de caridad.

Y á ella se dedicaban afanosamente, cuando los dos hermanos suspendieron su piadosa tarea y se precipitaron á una ventana, como impelidos por una superior inspiracion.

Creyeron oir á lo léjos el murmullo de alguna gente que se acercaba; y al mirar con ojos penetrantes, percibieron un tropel de hombres armados que se dirigian á la casería y que llevaban cubiertas sus cabezas con boinas blancas.

—¡Le buscan! exclamó Pedro con temor.

Y Marina preguntó sobresaltada.

—¿Para qué, hermanó mio?

—Para darle muerte: murmuró el jóven.

—¡Jesus! gritó la niña.

Y deslizó por sus labios una breve plegaria á la Virgen Santísima.

Miéntras tanto, Pedro habia fijado la

(*Se continuará.*)

vista en el suelo y discurría un medio para salvar al perseguido.

—Sígueme, Marina, dijo casi en el mismo instante.

Y cargando de nuevo con el herido, le condujo á una pieza baja, en la cual habia grandes montones de secos he- lechos, sobrantes del otoño anterior.

PEREZ DE LIÉBANA.

NOCIONES DE ASTRONOMÍA

AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

(*Continuacion*)

LECCION III.

LA TIERRA.

Si el Sol tanto nos ha interesado, si hemos visto que sin él no podriamos vivir, ¿cuánto no nos debe interesar este cuerpo que oprimimos bajo nuestros piés, que rueda conduciéndonos en el espacio, como vehículo jigantesco de una aérea expedicion? ¡Cuánto no debemos desear conocerle en sí mismo y en sus relaciones con los demas cuerpos, que juntos constituyen el esplendente cuadro trazado por la mano del Omnipotente! Pues bien: qué es esta Tierra, de la que salimos, donde caminamos y á la que nuestro cuerpo ha de volver, cómo efectua su movimiento y qué resultados produce, es lo que espero deciros hoy, si, como siempre, mis queridos niños, suspendiendo por un momento vuestros juegos, me prestais benévola atencion.

Como ya sabeis, no es la *Tierra* el primer planeta del sistema de que for-

ma parte, ni por su proximidad al Sol, ni por su magnitud, y si me ocupo de ella ántes que de los demas, es porque, siendo el que más de cerca nos toca, debe ser tambien el que más nos interese.

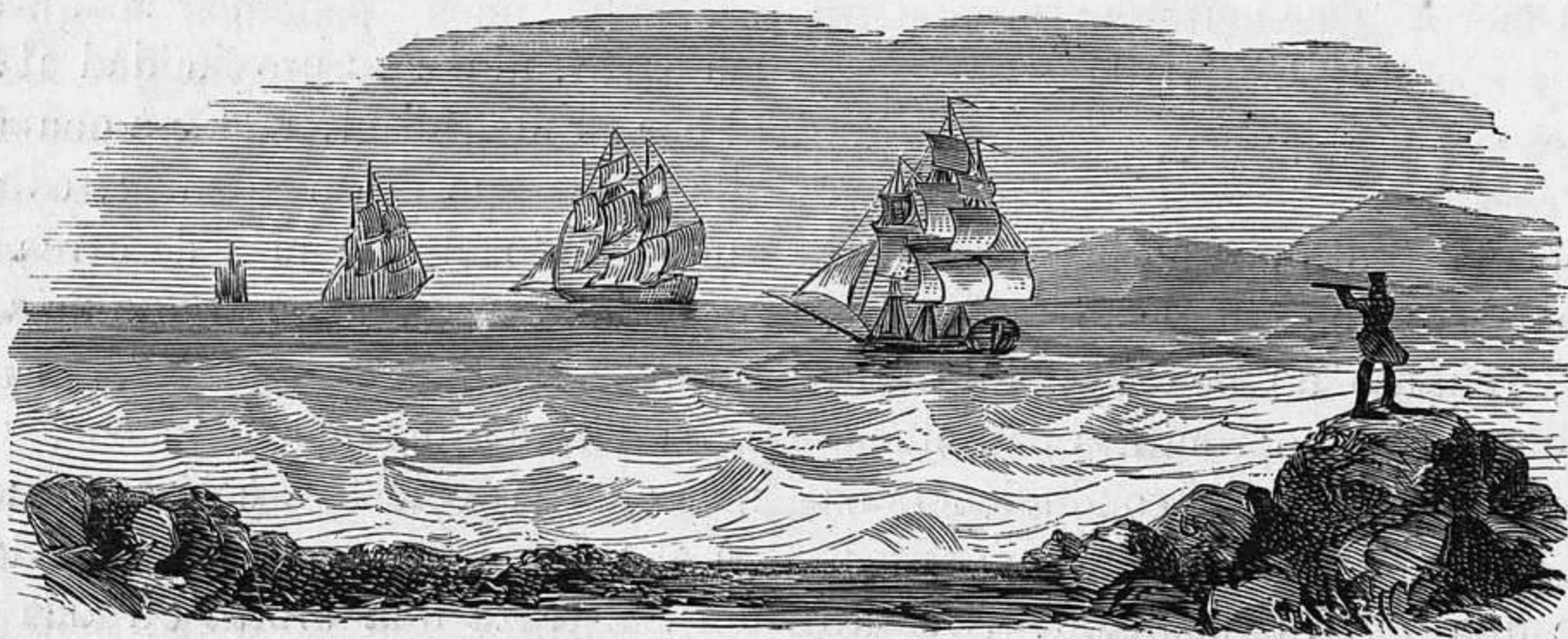
La Tierra, que, como todos los demas cuerpos celestes, está suspendida en el espacio, en su carrera alrededor del Sol traza una *órbita* elíptica que recorre en trescientos sesenta y cinco dias y cuarto, y, como ya os he dicho, va acompañada en su carrera de un satélite, que es la *Luna*, que gira en redor de ella, y que será el asunto de la próxima leccion.

La forma de nuestro planeta es, diciéndolo en términos científicos, la de un esferoide achatado por los polos, y como supongo que alguno de vosotros no me habrá entendido, os diré que para que lo comprendais mireis la forma exterior de una naranja. *Polos* se llama á los puntos en que termina el eje imaginario sobre el que gira la

Tierra, á la vez que se traslada en el espacio, y se cree que el aplastamiento de estas partes de su superficie es producido por esta misma rotacion, y el haber estado la Tierra, en su principio, en un estado completo de fusion, el cual se conserva en su centro, siendo los volcanes como respiraderos del fuego interior, y presumiéndose que la parte sólida forma sólo una corteza de diez leguas de espesor que, comparada con el volúmen total del planeta, hace que se le pueda comparar á un globo delgado de vidrio, de un metro de diámetro y lleno de metales derretidos.

He dicho ántes que la Tierra es re-

donda, y aunque muchas pruebas se dan de este hecho, yo, por no fatigaros, sólo os indicaré dos ó tres. Es la primera la curvatura de los mares, que se demuestra por la marcha de un buque, observada desde el puerto. Llegado el buque á la línea que separa el mar del cielo, y siguiendo en su marcha que le aleja de la tierra, el buque va desapareciendo por abajo, ocultándose primero su casco, luego sus velas, la cúspide de los mástiles despues. Si el buque se acerca al puerto, se percibe primero el extremo de los mástiles, luego las velas parecen surgir de las aguas, y finalmente el casco.



Un fenómeno parecido se produce para el observador colocado sobre el buque, ocultándosele primero las costas bajas, luego los edificios, últimamente las torres, hecho que demuestra evidentemente la curvatura del mar.

Otra prueba es los viajes llamados de circunnavegacion; un buque que parte de un punto hácia Occidente y camina siempre sin variar de direccion, vuelve al mismo punto por Oriente, despues de haber dado vuelta á la Tierra. La sombra de este planeta so-

bre la Luna, en los eclipses de este astro, es circular, y, por último, la consideracion de todos los demas astros que tienen esta forma, nos lleva por analogía á convenir que la Tierra debe tambien tenerla.

Vengamos ahora á su volúmen y peso. Para formaros una idea del primero, figuraos un enorme dado que tuviera de lado un kilómetro, es decir, la longitud de la calle de Alcalá de Madrid; considerad cuán grande seria este dado; pues bien, para formar un

volúmen igual al de la Tierra, sería necesario amontonar *mil millares de millones* de dados como éste.

Ya supondreis que no será pequeño el peso de estos millones de metros cúbicos de tierra y piedras, cuando veis todos los dias que para mover una piedra de las que se usan en la construcción se necesitan tres ó cuatro hombres, y máquinas, y aparatos; y efectivamente, es una cantidad tan respetable, como que para expresarla en kilogramos, cuyo valor sabeis que es próximamente de dos libras, se necesita un renglon de veinticinco cifras, siendo las cuatro primeras 5 8 7 5 y ceros las restantes.

Pero, me preguntareis ahora:—¿Qué es la Tierra? ¿Qué materias la constituyen y cómo se han formado?—Difícil es, en verdad, daros una respuesta categórica. Los desgraciados que no creen en la Omnipotencia de la palabra divina; los infelices que no admiten que Dios, al crear la Tierra, como al crear todos los cuerpos celestes, lo hiciera imprimiéndoles leyes inmutables ó fijándoles condiciones que aún tienen y tendrán, hasta que Él mismo pronuncie su sentencia de aniquilamiento, han discurrido y discurren largamente sobre el origen de esta masa que nos sostiene, sobre las transformaciones que suponen ha sufrido y sobre las que creen que ha de experimentar aún. Unos, como ántes os he dicho, suponen que en un principio se componia de materias en fusion, que se han ido enfriando con el movimiento terrestre, y dando origen, por épocas, á las diversas clases de rocas y terrenos que constituyen la corteza de nuestro globo; otros creen que en su estado primitivo fué una masa líquida, que el

tiempo ha ido endureciendo, y explican tambien por esta teoría los accidentes de su superficie. Opiniones son estas y otras, que admitirlas en absoluto es un acto de soberbia humana que el buen católico debe rechazar.

Complazcámonos, en buen hora, mis pequeños amigos, en el estudio, en el exámen de los hechos, en la investigación de las causas posibles, pero no perdamos de vista el sublime *hága-se* que en la creacion pronunciara el que es causa de las causas, Hacedor supremo de todo lo creado; que la inteligencia humana tiene un límite que no nos es dado traspasar, y el intentar hacerlo, es querer igualarnos á Dios.

Nada, pues, podemos asegurar en absoluto sobre la marcha que llevó la Tierra en su formacion, despues de haber recibido de Dios el mandato de formarse, si bien parece más probable la primera de las dos opiniones expuestas, que es tambien la más generalmente admitida.

Pero, dejando á los *sabios* con sus debatidas opiniones, volvamos nosotros á la superficie de nuestro globo y consideremos que sus dos terceras partes son ocupadas por una gran masa líquida llamada *mar*, y el resto lo forman los continentes é islas habitadas por el hombre.

La descripcion de la Tierra con relacion á su formacion constituye la ciencia llamada *geología*; la que describe la forma y extension de sus mares y continentes, montes y rios, y division civil, se llama *geografía*; y la que trata de sus tres reinos, animal, vegetal y mineral es la *historia natural*. No es, pues, de este lugar el entrar en estos detalles, que por otra parte, mu-

cho mejor que yo pudiera hacerlo, lo hacen ilustrados autores en las columnas de este periódico; déjoselos, pues, y vuelvo á ocuparme de la Tierra, considerada sólo como cuerpo celeste.

Como ya os he dicho varias veces, la Tierra tiene dos movimientos, el de traslación alrededor del Sol y el de rotación sobre sí misma. El daros pruebas de estos movimientos, además de alargar mucho esta lección, nos haría internarnos en un campo en que tal vez me perdiérais y en que os he prometido no entrar, sino acercarme á él. Básteos saber que está probado; y si os sorprende que somos nosotros los que giramos alrededor del Sol ó no éste alrededor de la Tierra, como parece, considerad un momento lo que os ha sucedido, si habeis viajado, en un tren ó embarcados en un buque; recordad que, aparte de la trepidación natural al movimiento, os parecía estar quietos y que los objetos que se hallaban fuera del vehículo que os conducía eran los que caminaban; pues, bien; esta ilusión óptica es la que se verifica en el movimiento de nuestro planeta.

Ahora bien, al girar la Tierra sobre sí misma, va presentando sucesivamente al Sol todos los puntos de su superficie, de lo que resulta, como os dije al hablar de los sistemas planetarios, que mientras unos están en la luz los opuestos están en la sombra, y de aquí la sucesión de los días y las noches.

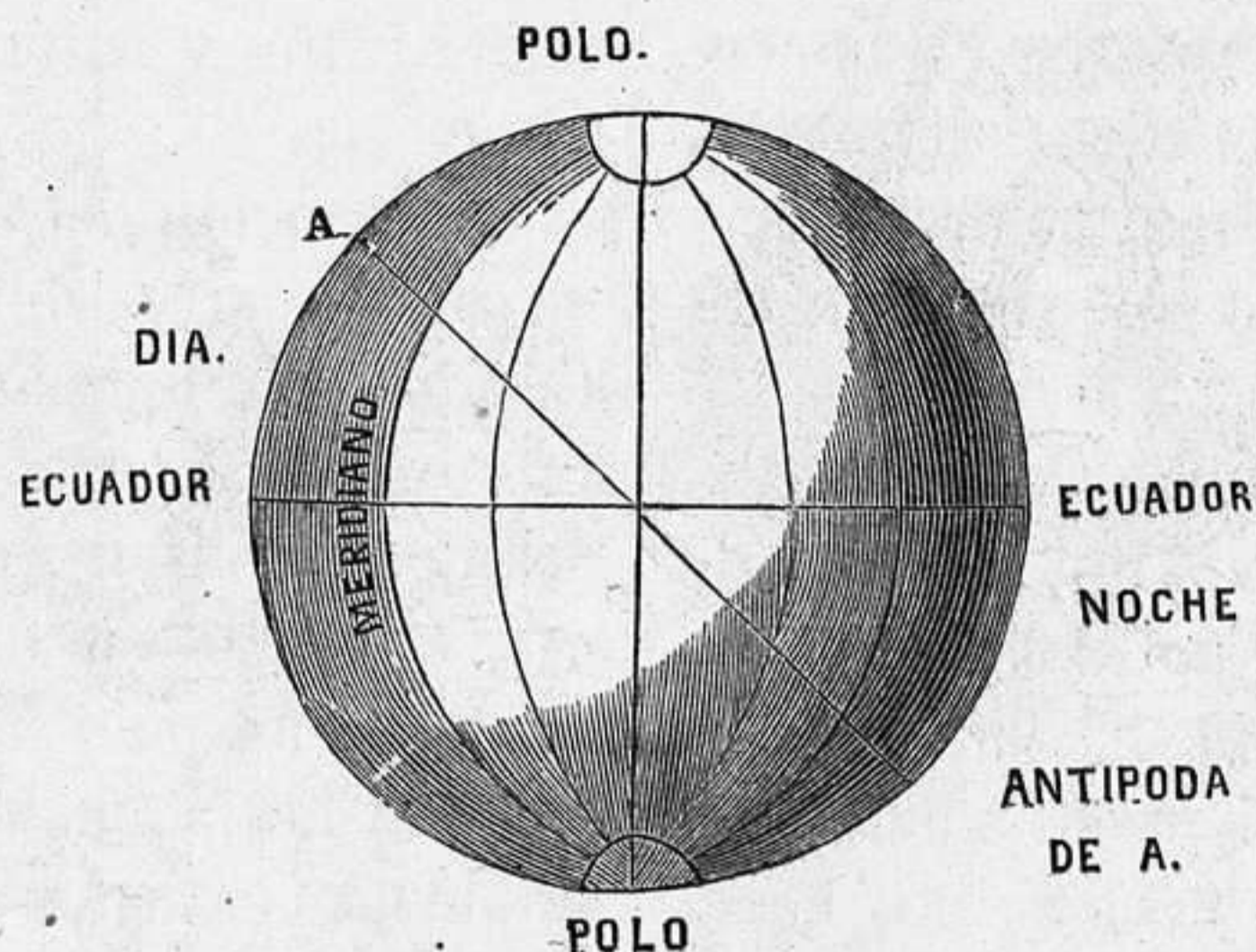
He dicho antes que cada vuelta alrededor del Sol se verifica en trescientos sesenta y cinco días y un cuarto, y como los años comunes se cuentan de trescientos sesenta y cinco días solamente, resulta que cada

cuatro años hay que añadir un día más al año y entonces se le llama *bisiesto* (1).

La duración del día no es la misma en todas partes del mundo, pues hallándose el eje imaginario de la Tierra algo inclinado con relación á su órbita ó camino que recorre, sucede que mientras en la mitad del año se presenta un polo hácia el Sol, el otro polo se halla en la oscuridad, resultando que en estos puntos, el año sólo tiene un día y una noche, cada uno de seis meses, y del polo al *ecuador*, que es la línea que divide á la superficie terrestre en dos partes iguales, á igual distancia de los polos, los días crecen y disminuyen con relación á la distancia del polo á que se hallan más próximos.

De lo dicho se desprende que en un momento dado no es la misma hora para todos los puntos de la superficie del globo, sino para todos los que estén bajo el mismo *meridiano*, es decir, en una línea, la más corta, que pase por los dos polos. En efecto, si para un punto dado se halla el Sol en medio de su carrera aparente, esto es, si son las doce día, para su *antípoda*, ó sea para el que esté en el otro extremo de la línea recta que pase por el primero y el centro de la Tierra, serán las doce de la noche y los puntos de los *hemisferios* (mitades de la superficie terrestre) intermedios, tendrán horas intermedias, los de un lado, de la mañana; los del otro, de la tarde.

(1) Son bisiestos los años en que, como el presente, la mitad de su número es par, y el calendario así formado se llama *Juliano*, pero habiéndose notado en 1582 una diferencia entre el tiempo civil y el solar, el Papa Gregorio XIII hizo una corrección, llamada por esto *gregoriana*, y dispuso que tres de los años seculares que antes eran bisiestos, fuesen comunes, y que sólo en el cuarto se intercalase el día de aumento.



Del movimiento de la Tierra alrededor del Sol resulta también el fenómeno de las *estaciones*. Cuando este astro envía sus rayos á nuestro globo, con ninguna ó poca inclinación, se siente calor, pero si sus rayos vienen á herirle de una manera oblicua ó inclinada, el calor desaparece, aun cuando esté la Tierra más cerca del Sol, á la manera que si colocais vuestra pequeña mano sobre una bujía encendida, teneis que elevarla mucho para que su llama no os quemé, mientras que por los lados podeis acercarla mucho impunemente. En el primer caso teneis el *verano*, en el segundo el *invierno*, llamándose *primavera* y *otoño* las estaciones intermedias.

Dada la inclinación del eje de la Tierra con relación á su órbita, comprendereis que, así como para unos puntos de su superficie son los días

más largos y para los opuestos más cortos, así también mientras aquellos se hallen en pleno estío, estos tendrán por estación el invierno.

No terminaría pronto si hubiera de decir todo cuanto decirse puede de este mundo que habitamos, pero esto sería abusar de vuestra paciencia, que será virtud de que no estareis muy sobrados. Dejo, pues, para la lección en que trate de *meteorología* la explicación de esta capa gaseosa que rodea la Tierra, llamada *atmósfera*, y que es el *aire* que respiramos, y sin el cual no podríamos vivir, y termino esta rogándoos no olvidéis cuanto os he dicho hoy, que en verdad no es poco, con lo cual tendreis siempre motivo de alabar una vez más el poder de Dios, creador y sustentador del universo, y de bendecir incesantemente su admirable Providencia.

ENRIQUE MARÍA REPULLÉS.





LA ALCANCÍA

Pocas cosas más útiles pueden comprar los padres á sus hijos.

Una alcancía no es un juguete, es más bien una leccion provechosa que se da á los niños de un modo indirecto,

por medio de un objeto de barro cocido.

Ella enseña á amar la economía desde los primeros años, mostrando prácticamente la conveniencia de no gastar

sin orden ni concierto todo lo que se tiene.

Y la economía es una virtud tan necesaria á los pobres como á los ricos.

Estos reciben de sus padres cantidades mayores que aquellos. Y ¿qué placer no será el suyo cuando sólo con haberse privado de comer algunas golosinas, tal vez perjudiciales para la salud, puedan hacer á su mamá un bonito regalo el día de su santo, dar limosna á un pobre necesitado, ó comprar un juguete que su papá les hubiera negado por demasiado costoso?

Y todos estos placeres aún serán mayores en los niños pobres, que, como tienen mayores privaciones, naturalmente han de tener más necesidad de economías para satisfacer alguna de sus pequeñas necesidades.

Para que se vea la importancia que puede llegar á tener ese objeto, que tal vez miramos con desden, vamos á contar la historia de una alcancía.

Pepito era hijo de un albañil á quien una larga enfermedad habia arrebatado á su esposa.

El padre de Pepito habia consumido en médicos y botica sus escasos ahorros, y cuando enviudó se encontraba sin recursos, y hasta los muebles y ropas de su casa habian desaparecido.

Como era un hombre honrado y trabajador, el mismo día que acompañó al cementerio los restos de su esposa se dedicó á buscar trabajo.

No tardó en encontrarlo y á los pocos días ya se hallaba colocado en una obra, contento con su pequeño jornal, que le permitia atender á su manutención y á la de su hijo.

Pero el infeliz debia conocer por experiencia que una desgracia casi nunca viene sola. Poco más de dos semanas

llevaba trabajando cuando se cayó de un andamio y fué trasladado al hospital, con pocas esperanzas de vida.

Nuestro amigo, porque Pepito, aunque de tan humilde extracción, merecia serlo de todos, se encontró á los trece años de edad solo en su casa, sin saber si su padre tardaria mucho tiempo en salir del hospital, ó si tal vez saldria para el otro mundo, y sin contar para vivir más que con la caridad pública.

Pero Pepito era valiente; habia aprendido de sus padres á ser virtuoso, y ántes que pedir limosna, resolvió intentarlo todo.

El niño tenia una alcancía.

Ya se puede comprender que sus ahorros no serian grandes.

Su padre le daba alguna vez seis ú ocho cuartos para comprar bollos, y él solia guardar la mitad.

El día que le ocurrió su desgracia, se acordó de la alcancía y se decidió á romperla.

Tenia en ella once reales.

Guardó en el bolsillo su pequeño capital, corrió al hospital á preguntar por su padre, á quien no le permitieron ver porque no era día de entrada pública, y se lanzó nuevamente á la calle, resuelto á luchar con la miseria y vencerla si era posible.

Él habia oido decir que los vendedores de periódicos los compran por manos, que les cuestan una peseta, y como cada mano tiene veinticinco ejemplares, que importan cincuenta cuartos, ganan diez y seis en cada una que venden.

Este le pareció un negocio bastante lucrativo y, sobre todo, muy al alcance de su fortuna.

Destinó, pues, ocho reales para emprender sus operaciones, y con los tres

restantes entró en un bodegon, donde por doce cuartos le dieron un cocido, si no muy delicado, al ménos bastante abundante para restablecer sus fuerzas.

Luego de comer y como ya iba anocheciendo, se dirigió á la redaccion de *La Correspondencia*, donde, no sin sufrir codazos y empellones de los que iban á ser sus colegas mercantiles, logró comprar dos manos del popular periódico.

Afortunadamente para Pepito, habia aquel dia crisis ministerial, así es que en cuanto salió por la calle gritando: «¡*La Correspondencia* con la caída del ministerio!» le arrebataron los periódicos de las manos.

En media hora vendió sus cincuenta ejemplares, y sus dos pesetas se convirtieron en doce reales ménos dos cuartos.

Volvió á comprar otras dos manos, que vendió con la misma presteza, y se encontró ya con una ganancia líquida de sesenta y cuatro cuartos.

Todavía vendió aquella noche otras tres manos, y cuando á eso de la una se retiró á su casa, es verdad que iba ronco de gritar y rendido de correr de un lado para otro, pero habia ganado ciento doce cuartos, es decir, algo más de trece reales, que con los ocho de capital que habia impuesto, sumaban veintiun reales.

Durmió perfectamente nuestro héroe, y á las siete de la mañana del dia siguiente ya estaba en la calle en busca de nuevos periódicos que vender.

El Cascabel por un lado, los diarios de la mañana por otro, el *Boletín extraordinario* por aquí, la hoja suelta por allá, y por las noches la indispensable *Correspondencia*, proporcionaban

á Pepito medios de ejercitar sus pulmones y sus piernas y de ganar todos los dias seis ó siete pesetas.

Como el niño no tenia nada de malgastador, vivia con tres ó cuatro reales, y lo demas lo guardaba para cuando saliera del hospital su padre.

Llegó este dia tan deseado. El pobre albañil volvió á su casa, pero cojo, y por consiguiente imposibilitado de trabajar.

Al enterarse de la conducta de su hijo y ver que en los dos meses que habia durado su enfermedad, no sólo se habia mantenido, sino que tenia ahorrados más de mil reales, habiendo pagado al casero y teniendo cubiertas sus pequeñas atenciones, el honrado padre lloró de ternura y abrazó á su hijo, que lloraba de alegría, al ver que podia mantener holgadamente al autor de sus dias.

Así vivieron los dos durante algunos meses. Pepito salia todas las mañanas con tres ó cuatro pesetas en el bolsillo para emplearlas en periódicos, y su padre se quedaba en casa para cuidar de ella y preparar la comida, ayudado por una vecina vieja y pobre, á quien socorrian con algunos cuartos en recompensa de su trabajo. El gasto que hacian entre el padre y el hijo no pasaba de unos ocho reales diarios, y como la ganancia nunca bajaba de seis pesetas, ahorraban por término medio diez y seis reales todos los dias.

Pasados algunos meses, y viendo que sus economías aumentaban, el padre de Pepito pensó en llevarlas á la Caja de Ahorros, que viene á ser la alcancía de los trabajadores, con la diferencia de que es una alcancía en que el dinero crece, porque gana el cinco por ciento al año.

Diez y seis reales diarios vienen á ser seis mil reales anuales, y como Pepito no dejó nunca de ahorrarlos y llevarlos á la Caja los domingos, al cabo de cinco años se encontró con un capital de treinta y tres mil y pico de reales, á que ascendía el valor de sus imposiciones y de los intereses que habían ganado.

Entónces ya pensó en establecerse más formalmente, y realizó su deseo.

Con ese pequeño capital estableció una modesta librería. Su inteligencia, su actividad y su honradez le hicieron prosperar rápidamente, y hoy, que no tiene más que veinticuatro años, es un librero rico y respetado.

Su padre está orgulloso de tener tan excelente hijo.

Se ha casado y tiene un hermoso niño de dos años, al cual, en cuanto cumpla los seis, se ha propuesto comprarle una alcancía y contarle la historia de su vida, para que aprenda lo que pueden la economía y la honradez.

Vosotros, mis queridos lectores, no estais en el caso del niño cuya historia acabo de referir, pero no por eso necesitais ménos apreciar las ventajas del orden y el ahorro; por eso, siempre que veais vuestras alcancías y os dé gana de tirarlas para malgastar el dinero que tengais en ellas, os ruego que recordeis la historia de la alcancía de Pepito, y de seguro desistireis de vuestro pensamiento.

E. ZAMORA Y CABALLERO.

EL OSO Y EL REYEZUELO

En una hermosa tarde de verano el oso y el lobo se paseaban juntos por el bosque, cuando el oso percibió el canto de un pájaro que le fascinaba y atraía de una manera extraña.

—Hermano lobo, preguntó entónces el oso: ¿quién es ese cantor tan magnífico?

—Es el rey de los pájaros y de los cantores, respondió el lobo, y es preciso rendirle homenaje.

Era, en efecto, el reyezuelo.

—Escucha, replicó el oso; si ese es el rey de los pájaros, como dices, su majestad tendrá, como los demas reyes, un hermoso palacio. ¿Quieres llevarme á verlo?

—No es tan fácil como te parece, hermano, porque para eso hay que esperar á que vuelva la reina.

La reina llegó, acompañada del rey, trayendo ambos en el pico algunos insectos para servir de alimento á sus queridos pequeñuelos.

El oso se preparaba á seguirlos, pero el lobo le detuvo de nuevo diciéndole:

—No, no es tiempo todavía; aguardemos á que vuelvan á salir.

Entónces repararon con cuidado en qué sitio estaba colocado el nido, y prosiguieron alegremente su camino.

Pero al oso no se le cocía el pan en tanto que no viese el palacio del rey de las aves, y tardó poco tiempo en volver.

El rey y la reina estaban ausentes, y atreviéndose al fin á echar una ojeada, distinguió cinco ó seis pajaritos acurrucados en el nido.

—¡Si ese es el palacio, exclamó sorprendido el oso, es por cierto un palacio bien triste! Y vosotros, añadió, dirigiéndose á los pequeños, no sois hijos de un rey; no sois más que unas endebles criaturas, tan miserables como innobles.

Los reyezuelos enfurecidos gritaban á una voz:

—¡No! No somos lo que dices, somos hijos de padres nobles, y pagarás bien caros tus insultos.

Al oír la amenaza el oso, y el lobo, que se había quedado á cierta distancia, corrieron á refugiarse en sus oscuras madrigueras.

Pero los reyezuelos continuaron gritando y

alborotando hasta que volvieron sus padres, que les traían de nuevo el alimento.

—¡Padre mio! exclamaron á una voz; el oso se ha atrevido á insultarnos, y no nos moveremos del nido, ni comeremos una sola migaja, en tanto que nuestra honra no sea vindicada.

—Tranquilizaos, respondió el rey, acariciando á sus hijos; os juro que vuestra honra quedará satisfecha.

Y tendió el vuelo, acompañado de la reina, hácia la gruta donde habitaba el oso.

—Viejo gruñon, exclamaron ambos llenos de cólera: ¿por qué te has atrevido á insultar á nuestros nobles hijos? Desde este momento te declaramos la guerra, guerra á muerte.

Declarada la guerra, el oso llamó en su auxilio todo un ejército de cuadrúpedos, donde figuraban el buey, la vaca, el asno, el cerro, el corzo, y otros muchos semejantes en la fuerza ó en la ligereza.

El reyezuelo por su parte convocó á todos los pobladores del aire, no tan sólo á las aves grandes y pequeñas, sino á los insectos alados, las moscas, las abejas, los mosquitos y los tábanos.

Llegada la víspera de la batalla, el reyezuelo envió sus espías al campo enemigo, para saber quién era el general encargado de dirigir el ejército.

El mosquito, que era el más invisible, voló á los bosques, donde el enemigo se ocupaba en organizar su numerosa hueste, y se ocultó tras una hoja del árbol á cuya sombra deliberaban los más entendidos.

El oso hizo venir al zorro, y le dijo con tono hinchado:

—Compadre, tú eres el más astuto de los animales, y te nombro general de mi ejército.

—Enhorabuena, replicó el zorro, halagado por tan inesperada honra; pero ¿cuál será entónces nuestra contraseña?

El auditorio guardó silencio.

—Pues bien, continuó el zorro, cada vez más orgulloso con su nueva y codiciada dignidad; mi cola es larga y espesa como un penacho rojo: en tanto que la lleve levantada, avanzareis sin descanso, porque será la señal de que todo va bien; mas si la veis inclinada hácia la tierra... ¡sálvese el que pueda!

El mosquito corrió á referir al reyezuelo lo que acababa de oír.

Al primer rayo de la aurora, los cuadrúpe-

dos se reunieron en el campo de batalla, galopando con tanta furia que la tierra se estremecía bajo sus piés.

El reyezuelo apareció en los aires, escoltado por su numerosa hueste, que zumbaba, chillaba y volaba en todas direcciones, como una horda de endemoniados.

El ataque fué terrible por ambos lados, y todos los combatientes parecían animados por el mismo furor.

El tábano corrió, por orden del reyezuelo, á colocarse debajo la cola del zorro, encargándole aquel que hiriese al enemigo con todo su poder.

A la primera picadura de aquel finísimo aguijon, el zorro no pudo ménos de dar un salto, pero sosteniendo, sin embargo, en los aires su cola levantada; á la segunda se vió ya obligado á bajarla por algunos instantes, y á la tercera, no pudiendo resistir más, la bajó hasta barrer con ella el suelo, apretándola entre sus piernas y arrojando agudos y desesperados gritos.

Los cuadrúpedos al verle lo creyeron todo perdido y emprendieron la fuga, guareciéndose en las cuevas que hallaron más cercanas.

Ya que no por la fuerza, los pájaros ganaron por su astucia la reñida batalla.

El rey y la reina se volvieron triunfantes á su nido, exclamando:

—¡Hijos míos, hemos vencido! Ya podeis comer y beber con alegría.

—No, no, respondieron entónces los pequeños: es preciso que el oso venga á rendirnos homenaje, y á reconocer paladinamente nuestra elevada é indisputable categoría.

El reyezuelo voló de nuevo hácia la covacha donde habitaba el oso.

—Viejo gruñon, le dijo, con el orgullo del que ha vencido; es preciso que vengas á rendir homenaje á mis hijos; es preciso que les pidas perdón y que reconozcas su nobleza, porque ¡ay de tí si no lo hicieses!

El oso espantado, llegó hasta el nido, arrastrándose cobardemente hasta besar la tierra, y dió á los reyes y á sus hijos todas las satisfacciones pedidas, rindiéndoles cortesmente el homenaje deseado.

Los reyezuelos satisfechos calmaron su cólera, y celebraron alegremente su inesperado triunfo.

(Imitacion del aleman.)